

Lo dice la CIA

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

El informe elaborado por la CIA, y que recientemente hemos conocido, no deja lugar a dudas: el príncipe heredero de Arabia, Mohamed Bin Salman, estuvo directamente implicado en el asesinato del periodista saudí Jamal Khashoggi. Algo de lo que no vacilábamos muchos analistas que hemos escrito sobre este asunto. Nadie puede imaginarse una acción de esta envergadura al margen del poder y, menos, realizada en una sede diplomática. Detrás de un homicidio de esta naturaleza no sólo hay una mano ejecutora, sino alguien que da las órdenes. Y ese alguien en la monarquía saudí es Bin Salman, el hombre fuerte del reino. En un régimen teocrático como éste, ¿quién en su sano juicio se atrevería a llevar a cabo un hecho semejante? Por lo tanto, el documento de la CIA que ahora está estudiando el gobierno norteamericano viene a confirmar lo que unos cuantos sospechábamos, empezando por el Washington Post, el diario con el que colaboraba Khashoggi como columnista tras su exilio en los Estados Unidos. A raíz de la presión a la que se ven sometidos tantos colectivos en Arabia, se vio forzado a abandonar su lugar de origen y a establecerse en América.

No obstante, en el texto de la CIA hay cuestiones sumamente interesantes. En primer lugar, que Ankara tenía pinchado el Consulado de Arabia en Estambul. Lo sabíamos porque las autoridades otomanas lo habían desvelado al principio de las pesquisas. Después trataron de ocultarlo, ya que revelaba un actuar poco decoroso, aunque frecuente en las relaciones internacionales. De ahí que insistieran tanto en la información recogida en el reloj de Khashoggi durante su tortura y la transferencia de datos a un teléfono móvil que tenía su novia fuera del edificio. Lógicamente, no queda bien reconocer este tipo de artes perversas. Las cuales, por cierto, eran practicadas por Estados Unidos en la propia Embajada de Arabia en Washington. En efecto, las conversaciones de su responsable, Jalid Bin Salman, hermano de Mohamed, también estaban intervenidas. Así supieron que aquél había llamado a Khashoggi instándole a que acudiese a la legación de Estambul para arreglar los papeles de su boda con una ciudadana turca. Al parecer, le habría dado garantías de que no le pasaría nada, cuando, en realidad, fue todo lo contrario. El mismo 2 de octubre el reportero fue maltratado hasta morir en las dependencias consulares.

¿De qué sirve, pues, que la Fiscalía saudí haya solicitado cinco penas capitales para algunos de los presuntos responsables de la muerte de Khashoggi? Atendiendo a su versión, y completando la farsa que se ha ido construyendo en las últimas semanas, Mohamed Bin Salman sería eximido de cualquier culpa. Según el fiscal, fue el subdirector de los Servicios de Inteligencia saudíes quien dispuso que fuera devuelto a Arabia por las buenas o por las malas, siendo al jefe del equipo enviado a Estambul el que mandó matarlo, para entregar luego los restos del cadáver a un agente exterior que se habría encargado de su desaparición. Esta versión es tan asombrosa como las dadas hasta la fecha. Por lo dicho anteriormente, no es posible una fechoría de esta naturaleza sin un mandato superior. Y éste sólo pudo llegar de Mohamed Bin Salman. Es lo que viene a decir ahora la investigación de la CIA, por más que le pese al presidente Trump. De hecho, la portavoz del Departamento de Estado ha pedido tiempo para analizarla, descartando que la Administración estadounidense haya llegado a una conclusión definitiva sobre la liquidación de Khashoggi.

Y no me extraña esta actitud, pues estamos ante un acto de tal gravedad que sería necesario tomar medidas. El problema es que si no atienden a lo escrito por la CIA

harán quedar a los pies de los caballos a su Agencia Central de Inteligencia, que depende del ejecutivo federal. Y en el caso de aceptar sus indagaciones, se encuentran con la disyuntiva de qué hacer con Mohamed Bin Salman, o lo que es lo mismo, con Arabia, uno de sus principales aliados en Oriente Próximo, junto a Israel. Está claro que la Casa Blanca no lo tiene fácil, pero tendrá que tomar alguna determinación. ¿Un crimen tan nefando puede quedar sin respuesta en la comunidad internacional? ¿Cuántas veces se ha atacado a otros países sin tener pruebas tan concluyentes? ¿Puede un suceso como éste alterar el juego de alianzas del tablero mundial? ¿O es preferible seguir aplicando la “realpolitik” y olvidarnos de Khashoggi? La verdad es que me temo que esto es lo que va a suceder y que finalmente Donald Trump apele a fines superiores. Por ejemplo, el equilibrio en Oriente Próximo frente al terrorismo y el archienemigo Irán, la alianza incuestionable con Arabia con el objetivo de frenar los intereses iraníes en la región o la necesidad de mantener la estabilidad política en Riad con vistas a favorecer una transición ordenada. Y, de paso, no ver en peligro los jugosos contratos armamentísticos que Arabia tiene con varias empresas norteamericanas y que podrían irse al garete por un affaire como éste. Por no hablar de la urgencia de no alterar el mercado del crudo en un momento en que ya han entrado en vigor las sanciones contra el petróleo iraní. En resumen, demasiados intereses políticos y económicos como para mover ficha en serio. Dicho lo cual, tendremos que esperar unos días si queremos conocer la postura oficial del gabinete de Trump. Si bien, yo, personalmente, no espero gran cosa. Habrá que estar atentos.

20 de noviembre de 2018

Publicado en *El Diario Vasco*, 25 de noviembre de 2018, p. 30